

Don Quijote auxilia a Sancho. Le ayuda en los sufrimientos de su cuerpo, así reales como posibles: «¿Ves? Aquí tengo el santísimo bálsamo..., que con dos gotas que bebas dél, sanarás sin duda» (I, 17); «No consentiré yo que te toquen un pelo de la ropa» (I, 19). Le conforta con su compañía y su valor: «En apartándome de su merced —le dice Sancho—, luego es conmigo el miedo» (I, 23). Le sacará para siempre de su pobreza cuando reciba el premio de sus hazañas: «Me han de dar una parte del reino, para que la pueda dar a quien yo quisiere; y en dándole, ¿a quién quieres tú que haya de ir sino a ti?» (I, 31).

Sancho, a su vez, auxilia a Don Quijote: «He menester tu favor y ayuda», le dice el caballero tras la desventurada aventura del rebaño de ovejas (I, 18). Muy delicada es la ayuda sanchopancina con motivo de la aventura de los batanes: «No hay que llorar, que yo sostendré vuestra merced contando cuentos desde aquí al día» (I, 20). Al punto surge el recuerdo de *La Iliada*. En el ejército aqueo, en efecto, al relato de narraciones sugestivas se acudía para hacer menos perceptible el dolor de la cura de las heridas. Y más tiernas y delicadas todavía son las palabras de Sancho, cuando en las afueras de El Toboso tanto altera el ánimo de Don Quijote la supuesta proximidad de Dulcinea: «Ensanche vuesa merced ese corazoncillo, que le debe de tener agora no mayor que una avellana...» (II, 10).

¿Es posible descubrir alguna diferencia entre el auxilio que presta o promete Don Quijote y el que ofrece Sancho? Tal vez. Don Quijote auxilia desde arriba, desde la condición dominadora y providente —paternal— que su locura le hace soñar. Sancho, en cambio, auxilia desde abajo, desde la llana anchura de su corazón campesino. Fernández Suárez habla de la maternalidad de Sancho. Rof Carballo diría que Sancho reinstala a Don Quijote en la urdimbre afectiva de que saliendo de su aldea y su costumbre quiso desprenderse. Un mitólogo recordaría la acción confortadora y envolvente que la madre cumple y el mito de la Magna Mater simboliza. Sea cualquiera la interpretación, alguna diferencia cualitativa existe entre la ayuda que Don Quijote brinda a Sancho y la que éste regala a Don Quijote. Pero en lo humano no hay reglas absolutas, y en una ocasión es netamente paternal la conducta de Sancho con su señor: cuando le pone nombre y con él le convierte en Caballero de la Triste Figura (I, 19).

La amistad

¿Fueron amigos, genuinos amigos, Don Quijote y Sancho, además de ser camaradas y recíprocos benefactores? Aristóteles lo habría negado, porque para él no puede haber amistad sin cierta igualdad entre los amigos: *philotes isotes*; igualdad en condición social, en formación, en gustos. No era éste el caso de Don Quijote, hidalgo culto, y Sancho, rudo labrador. Pero si la igualdad en la condición y la comunidad en el rol social favorecen el nacimiento de la amistad, no puede decirse que sean requisito necesario de ella. Y menos hoy que en tiempos de Don Quijote.

Vengamos, si no, a la realidad. ¿Qué es realmente la amistad, en qué consiste esencialmente la relación amistosa? Para mí, la amistad es un modo de la relación interpersonal fundado en la benevolencia (querer el bien del amigo), la benediciencia (decir bien de él), la beneficiencia (procurar y hacer su bien) y la benefidencia (hacerle con-

fidente, para el mutuo bien, de algo verdaderamente personal); al cual, para su verdadero acabamiento social, debe añadirse la camaradería.

Que entre Don Quijote y Sancho hubo benevolencia, benedictencia, beneficencia y camaradería, palmariamente lo muestra todo lo hasta ahora dicho. ¿Hubo también benedictencia, confidencia para el bien? Es confidencia la donación de una parte de la propia intimidad, de alguna fracción de la vida que de más personal modo es de uno mismo. En tal caso, ¿hubo confidencia, la nota más genuina y característica de la verdadera amistad, entre el caballero andante y su escudero? ¿Se confiaron uno a otro, en alguna medida, sus respectivas intimidades?

A mi juicio, sí. A la intimidad pertenece lo que uno siente, piensa, recuerda, ama, cree y para sí mismo espera. Pues bien, según todas estas actividades anímicas, hubo entre Don Quijote y Sancho confidencias; en la medida en que a la amistad conviene la mutua transparencia —léase el sutil poema de Jorge Guillén «Querido amigo»—, por todas esas vías fueron transparentes el uno para el otro. Aunque en la persona de Don Quijote haya algo que a él y sólo a él puede pertenecer, eso en cuya virtud pudo decir su famoso «Yo sé quién soy». Como también lo hay en la persona de Sancho, según lo que dice a su mujer cuando ésta no entiende sus razones: «Basta que me entienda Dios, mujer, que El es el entendedor de todas las cosas» (II, 5).

Veamos ahora los varios modos en que es confidencial la amistosa relación entre Don Quijote y Sancho.

I. Confidencias tocantes a lo que uno cree que es. Las hace Sancho: «Señor, yo soy hombre pacífico, manso y sosegado, y sé disimular cualquiera injuria» (I, 15). En la declaración confidencial de su propia intimidad no puede pedirse a Sancho que sea un San Agustín o un Rousseau. Las hace asimismo Don Quijote: «Sancho amigo..., yo soy aquél para quien están guardados los peligros...»; «Yo salí de mi tierra..., por venir a servir a vuestra merced, creyendo valer más y no menos», le responde Sancho (I, 20).

II. Confidencias relativas a lo que se siente, se ama y se espera. La declaración de su más querido y personal secreto, su amor a Dulcinea, ¿qué otra cosa sino confidencia Don Quijote fue? Múltiples son las expresiones de la confianza del uno en el otro, pese a las ocasionales y fugaces disensiones entre ellos y en la confianza en el otro tiene su fundamento la confidencia. Sancho confía en Don Quijote: «Yo confío de su bondad y buen proceder —los de su escudero— que no me dejará, en buena ni en mala suerte» (I, 48). Tanto confía, que no duda en hacerle confidente de su gran secreto: «Esto que quiero decirte —la existencia de Dulcinea y su amor por ella— lo tendrás en secreto hasta después de mi muerte» (I, 17).

Tanta es la mutua confianza que hasta la más difícil y amarga de las confidencias llega: la tocante a la propia deficiencia y al propio fracaso: «Yo, Sancho, bien veo que no soy hermoso» (II, 58); «Yo hasta agora no sé lo que conquisto a fuerza de mis trabajos» (II, 58); «¿No soy yo el vencido? ¿No soy yo el derribado? ¿No soy el que no puede tomar arma en la mano? Pues, ¿qué prometo? ¿De qué me halago, si antes me conviene usar la rueca que la espada?» (II, 65).

III. Sí. Hay amistad, genuina amistad entre Don Quijote y Sancho. De ella tanto como de la natural querencia a decir y decirse nace el gusto de hablarse y hablarse uno a otro. A él se entrega, en demasías, a juicio de Don Quijote, la lengua de Sancho; tan-

to, que su señor llega, en una ocasión, hasta a prohibirle ese ejercicio (I, 20). Pero todos sabemos que el caballero no le va a la zaga en la afición a mover la sin hueso, y tanto ante su escudero como ante cualquiera de los seres humanos con quienes se va encontrando en su camino.

Algo más importante y grave que la entrega al gusto de hablarse nace de la amistad sanchoquijotesca: la necesidad en cada uno de ellos de que el otro exista y esté a su lado. La tiene, sobre todo, Sancho y bien vehementemente la expresa cuando tras la pelea con el Caballero de la Blanca Luna ve postrado al de la Triste Figura —«déjese deso, señor; viva la gallina, aunque sea con su pepita...» (II, 65)—, y más aún ante el casi moribundo Alonso Quijano: «No se muera, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años...» (II, 74). Mas también la siente su amo, que sin la compañía de Sancho no hubiera podido ser el caballero andante que fue, la singular persona a que llamamos Don Quijote de la Mancha. Sintió funcionalmente esa necesidad cuando, ya armado caballero, decidió volver a la aldea para proveerse de lo que necesitaba y tomar escudero, y la sintió personalmente —no sólo respecto de un escudero, también respecto al Sancho que le acompañaba— tan pronto como vivió con éste la primera de sus aventuras; recuérdese el «no me dejaré, ni en buena ni en mala suerte» de su encuentro con los cuadrilleros (I, 46).

Se necesitan entre sí Don Quijote y Sancho porque juntos forman el «nosotros» —meramente dual en su camaradería, formalmente diádico en su amistad— que, día a día, pide en cada uno la ejecución de su propia vida. Múltiples son las expresiones de ese esencial menester. «Quiero..., que seas una misma cosa conmigo —dice Don Quijote a Sancho en los primeros días de su vida en común—, ... porque de la caballería andante se puede decir lo mismo que del amor se dice: que todas las cosas iguala» (I, 11). Sin proponérselo, Don Quijote está afirmando y rebatiendo a la vez la tesis aristotélica de la igualdad entre los amigos. Tan igual e identificado se siente con la persona de Sancho, no con el escudero que Sancho es, que concibe en su corazón el propósito de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofrezca (I, 44). «Parece que los forjaron a los dos en la misma turquesa», dice de ellos el Cura; y Don Quijote lo ratifica con vehemencia: «Juntos salimos, juntos fuimos y juntos peregrinamos; una misma fortuna y una misma suerte ha corrido por los dos...; y cuando a ti te mataban, más dolor sentía yo entonces en mi espíritu que tú en tu cuerpo» (II, 2). Otró tanto cabe decir de Sancho, al cual, como de él escribe su creador, «se le anubló el cielo y se le cayeron las alas del corazón» cuando su señor le amenaza con prescindir de su servicio (II, 7). Sancho acompaña a Don Quijote porque así se lo piden su necesidad y su esperanza, no sólo porque su ambición de soldada y recompensa le mueva a ello (II, 5).

Es célebre la frase con que Montaigne dio razón de su amistad con La Boétie: «Porque él es él y porque yo soy yo». Muy cierto, en la génesis de la amistad entre dos personas tiene parte esencial lo que cada una de ellas es. Pero también la tiene el hecho de que, para expresar acabadamente la razón de la amistad, sea preciso añadir la frase precedente el «nosotros» a que la relación amistosa aspira y que en ella formalmente se constituye. Don Quijote y Sancho hubieran podido completar a Montaigne diciendo: «Somos amigos porque él es él, porque yo soy yo y porque juntos los dos somos

nosotros». Un «nosotros» no sólo de cooperación y coposesión, como el que engendra la camaradería, ni sólo de asimilación, como el que suscita la enseñanza, sino de comunión, que éste es el verdaderamente propio de la amistad. Con gran fuerza y belleza supo expresarlo Américo Castro: «Don Quijote sacó de sí mismo a Sancho, de la necesidad que sentía de él— como un Adán que, para integrarse, se desposeyera previamente de una costilla. Así, todo quedará dentro de la casa, aunque ésta y sus habitantes mantendrán viva la conciencia de su dualidad y de su unidad.»

Los textos precedentes muestran claramente cómo uno y otro viven la conciencia de esa unidad. El desdoblamiento de ella, gravemente sentido por Don Quijote y Sancho en algunas ocasiones, irónicamente expresado por su creador en otras, hace patente la conciencia de esa dualidad.

No son pocos los trances en que tal dualidad se manifiesta: la risa de Sancho en la aventura de los batanes (I, 20), el diálogo sobre su mucho hablar (I, 20 y 21), la discusión acerca de su sueldo como escudero (II, 7) y sobre si da más fama resucitar a un muerto o matar a un gigante (II 8), la separación entre él y Don Quijote en la casa del Caballero del Verde Gabán, Sancho con don Diego de Miranda y su grata y bondadosa, pero prosaica, llaneza; Don Quijote con Lorenzo, el hijo de don Diego, y con su arriesgada vocación poética (II, 18). «Sancho nació y Sancho pienso morir», dice Panza en una ocasión (II, 5); «¿Quién te mete a ti en mis cosas, y en averiguar si soy discreto o majadero?», dirá en otra Don Quijote (II, 58). Pero acaso ningún texto exprese tan finamente el desdoblamiento irónico entre el caballero y el escudero como la respuesta con que Don Quijote dirime la credibilidad de lo que uno y otro habían visto en su viaje a lomos de Clavileño: «Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos. Y no os digo más» (II, 41).

Juntos Don Quijote y Sancho, los dos forman un «nosotros» que nos engloba, nos totaliza y nos obliga, porque secretamente nos impulsa a ser más hombres y a serlo mejor. «Cervantes, toda la naturaleza», dice un verso de Dámaso Alonso; y en el centro de esa total naturaleza, añadido yo, la varia convivencia entre las dos más insignes criaturas cervantinas. Genial Cervantes.

PEDRO LAÍN ENTRALGO

